

# LA GESTA DE LOS INDIANOS\*

Valentín Andrés Álvarez

Al hablar de los hombres de Asturias es necesario destacar la influencia, la importancia, la obra de un grupo de asturianos a quienes la Historia no ha hecho aún la justicia que merecen\*. Me refiero a los *indianos*, a quienes emigraron de jóvenes a América y regresaron a su patria jubilados ya de los negocios. La importancia enorme de lo que estos hombres hicieron consistió en lo que impulsaron el desarrollo de la economía y la sociedad españolas, tradicionalmente atrasadas, elevándolas al nivel de las naciones más prósperas de Europa, al nivel que disfrutamos hoy.

Extrañará seguramente esta afirmación de la decisiva importancia histórica de los indianos en el progreso económico y social de nuestro país; pero es una gran verdad que espero establecer a continuación.

Sobre las causas y orígenes de la emigración asturiana, el malogrado investigador Luis Alfonso Martínez Cachero publicó la obra, titulada precisamente *La Emigración asturiana a América* (Tomo 17 de la «Colección popular asturiana») a la que remito al lector interesado por esta cuestión, pues lo que interesa aquí no es lo que les impulsó a emigrar sino lo que hicieron al volver.

En el siglo XVIII eran ya cosa corriente los indianos, como lo muestra este epigrama de Moratín el joven, descendiente de asturianos:

«Anda que con un indiano  
se casa Marica Pérez  
pero es indiano que va  
que no indiano que viene.»

Los indianos de que vamos a ocuparnos aquí son los que vinieron después del desastre de nuestras guerras coloniales, hecho que promovió un gran retorno de estos hombres. Puede decirse que los grandes

---

(\*) Este artículo pertenece a la obra *Valentín Andrés Álvarez. Guía espiritual de Asturias y obra escogida*, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo, 1980, pp. 47-50.

servicios prestados por ellos a su patria comenzaron en la Guerra de Cuba y por eso mismo, con lo que hicieron entonces principia realmente su historia.

Debo advertir, por ser de gran importancia, que la Guerra de Cuba tenía para Asturias una significación muy distinta que para el resto de la nación. Rara era la familia asturiana que no tenía pariente en Cuba, así que aquella contienda no estaba en un frente lejano, sino entre casas y fincas de hijos, nietos y sobrinos de convecinos nuestros. Por esto mismo en Asturias no se veía la guerra como un conflicto de la nación sino de cada pueblo asturiano, contra los insurrectos cubanos primero y contra los Estados Unidos después, que eran quienes realmente atizaban el fuego allí. Me han contado que un magnate de la prensa estadounidense había mandado a Cuba un fotógrafo, para que le enviase información gráfica de la guerra; pero como no la mandaba, por no estar declarada todavía, el magnate le puso un telegrama que decía, poco más o menos: «Mándeme las fotos que yo le mandaré la guerra.»

Declarada oficialmente la contienda, todos los cubanos convecinos nuestros o descendientes de ellos, con edad militar, se encuadraron en regimientos de voluntarios, porque verdaderamente todos los pueblos de Asturias habían declarado la guerra a los Estados Unidos, con frente y ejército propios. A las órdenes de un caudillo asturiano, el general Suárez Valdés, se distinguió bravamente un tenientillo inglés voluntario, recién salido de la academia militar. Se llamaba Winston Churchill y adquirió allí dos costumbres que conservó toda su vida: fumar grandes habanos y dormir la siesta.

Terminada la Guerra de Cuba comenzaron a llegar a todos los pueblos de Asturias los soldados repatriados, pálidos y desfallecidos por las penalidades de la guerra y del clima tropical. Pero al mismo tiempo regresaban otros convecinos suyos, o descendientes de ellos, que habían hecho también la guerra, reclutados oficialmente unos y voluntarios otros, quienes por ser residentes de la Isla y tener allí sus hogares bien acomodados, se habían restablecido ya. Por su porte y aspecto contrastaban mucho con los soldados repatriados pues ellos iban bien vestidos, luciendo gruesas cadenas de reloj y sortijas de oro, flamantes jipijapas y fumando grandes habanos. Eran los indianos ricos.

Puede asegurarse que en la Isla de Cuba, entre emigrantes y sus descendientes, tenía cualquier pueblo asturiano una colonia tan numerosa como la «metrópoli». Cada una de estas colonias locales se dividió, al terminarse la guerra, en dos grupos que tuvieron un destino posterior muy distinto: los que se quedaron definitivamente allá y los que regresaron a su patria una vez terminada la guerra. Ahora bien: debe decirse, porque es una gran verdad, que en aquella guerra España perdió la Isla de Cuba, pero que ninguno de aquellos dos grupos la perdió. Los que se quedaron allá constituyeron el núcleo de los hispanocubanos que gobernaron después la Isla; los otros, los que se retiraron ricos y volvieron a sus pueblos, no la perdieron tampoco, pues siguieron siendo dueños de todo lo que allí habían ganado. Eran explotaciones agrícolas e industriales, grandes empresas mercantiles y bancarias creadas por ellos, dominios que se extendían por todo aquel país y que seguían siendo españoles. El mismo

territorio que otros políticamente habían perdido lo tenían ellos económicamente conquistado.

Como hemos dicho antes, muchos de estos hombres regresaron a sus pueblos, cuando la repatriación de aquellos soldados desfilados y mal ataviados, a los que sobró heroísmo y faltó armamento, contrastando vivamente con éstos por su porte, aspecto y rica vestimenta, porque ellos venían vencedores de donde los soldados volvían vencidos.

Aquel final del siglo XIX fue muy triste para España, porque hubo de soportar una de las crisis más graves de su historia. El pueblo español fue a las guerras de Cuba y Filipinas con una fe en la victoria tan patriótica como infundada, y por eso mismo tuvo que liquidar, después del desastre, una gran carga de deudas y de ilusiones. De la liquidación de las deudas se encargó el gran hacendista Villaverde y de la liquidación de las ilusiones la generación del 98.

El tránsito del siglo XIX al XX fue un período de gran depresión económica y moral para España; afectó a los negocios y a los espíritus. Para dar idea de la depresión económica basta decir que la libra, moneda entonces internacional y estable, llegó a cotizarse con 100 por 100 de elevación, lo cual, cuando se desconocían las manipulaciones inflacionarias de hoy, era una cotización de verdadero pánico. Y en cuanto a la depresión moral puede estimarse su magnitud por la frase que se acuñó y difundió entonces, y en la que culmina el pesimismo más sombrío, lo de «España sin pulso».

Pero hubo un grupo de españoles que supo sobreponerse al desánimo general del país, que no se dejaron arrastrar por el pesimismo que anulaba todo intento emprendedor. Tenían fe en el resurgimiento de su patria y le ofrecieron sus fortunas y sus actividades, lo que tenían y lo que eran. Este grupo lo formaban aquellos indianos ricos que regresaron de Cuba, como dijimos antes, con los soldados repatriados, contrastando mucho con ellos por su porte y aspecto. Unos liquidaron los negocios que tenían allá y trajeron sus capitales para invertirlos en su patria; otros no los liquidaron, pero vinieron a vivir a España para gastar aquí sus rentas e invertir sus ahorros.

Está todavía sin historiar la influencia que ejercieron estos hombres sobre el futuro económico de entonces que es, en gran parte, la economía de hoy. En los archivos del Banco Herrero de Oviedo, en la Banca Rodríguez, hoy Banco de Gijón, y en el Banco Pastor de La Coruña, a través de los cuales se hicieron la mayoría de los giros de Cuba, tiene que haber testimonios de la riada de oro que inundó nuestra patria en aquellos años y que según estimaciones moderadas pasó de los 2.000 millones de pesetas oro, de las de entonces, cifra elevada para la época como importación de capital. Este dato solo nos indica la importancia de la contribución aportada por aquellos hombres al mejoramiento de la arruinada economía española, a la liquidación de las deudas de Ultramar y demás proyectos financieros del ministro Villaverde, que regía entonces la Hacienda, al restablecimiento del Cambio Exterior y en general al desenvolvimiento de la Industria del Comercio y de la Banca que se inicia en aquellos años, como veremos luego.

Pero además de la influencia material de los capitales indianos, es necesario estimar la obra personal de quienes los trajeron, para hacerlos circular por la economía española, entonces bien deprimida y tradicionalmente atrasada, la cual recibió el impulso de un equipo de hombres con el temple, la experiencia y el dinamismo de jefes de empresa y capitanes de industria bien dotados y probados, pues habían triunfado ya en América. Fue una transfusión de sangre y un trasplante de nervios vigorosos a aquella España exánime, y según aquella frase tan difundida «sin pulso».

Para comprender bien el fondo esencial de la obra de estos indianos, es necesario comparar la mentalidad y la actuación de las generaciones de ellos que vinieron antes de la Guerra de Cuba y la que vino después. Los indianos ricos que venían antes de aquella contienda eran ya ancianos, retirados o jubilados de los negocios. Quien volvía a su pueblo, con fortuna suficiente para ello, solía adquirir la vieja casona del señor, generalmente abandonada, con sus fincas anejas. Se incorporaba así a nuestra sociedad tradicional, cuyo ideal económico-privado era también el suyo: la posesión tranquila de rentas fijas y seguras para gozar de un ocio apacible. Pero después de la Guerra de Cuba todo esto cambió radicalmente. Los indianos de aquella postguerra no eran unos ancianos jubilados de los negocios, como sus antecesores, sino jóvenes y además ricos como ellos, bien por haber continuado allá llevando los negocios de sus padres o abuelos, bien por su propia actividad y dinamismo, pues se había iniciado ya en aquellas regiones la transformación del pequeño comercio o empresa tradicionales y limitados, en el gran negocio moderno, y la apertura de nuevos horizontes lucrativos que en aquellos países de Ultramar enriquecían rápidamente. Al regresar estos hombres a su pueblo no venían como retirados, no deseaban, como los otros, un apacible ocio sino un buen negocio (*nec otium*). Aunque tenían medios suficientes para ello, en vez de comprar la casona del señor hicieron su chalet en el pueblo, con todas las comodidades modernas, para pasar tranquilos el resto de su vida, pero sin perder del todo su preocupación por los negocios. Pueden verse hoy todavía, en muchos pueblos asturianos, como símbolos bien destacados de dos vertientes históricas, la casona del señor y el chalet del indiano, la riqueza estática que vino a través de los siglos y la dinámica que llegó a través de los mares.

Para dar idea de la influencia de estos hombres en la recuperación de nuestra economía y en la transformación de nuestra sociedad basta con destacar algunos hechos decisivos. El primer día laborable de este siglo, el 2 de enero de 1901, se inauguró, abrió por vez primera sus ventanillas, el Banco Hispano Americano, fundado en su totalidad por capitales procedentes de Cuba y Méjico. Muy poco después se fundó el Banco Español de Crédito, impulsado sin duda alguna por aquella actividad económica naciente. Aquel año fue de grandes discusiones y polémicas en torno a nuestra regeneración cultural, económica y política; pero las fuerzas que iban a promoverla no surgieron al conjuro de tanta palabrería; se estaban incubando calladas en el silencio de las bibliotecas y los laboratorios y en la inadvertida actividad de aquellos hombres que se esforzaban por abrir nuevos cauces a la industria, al Comercio y a la Banca. Cuando los bancos creados entonces abrieron sus ventanillas, se abrie-

ron las compuertas de la fuerza económica que estaba allí embalsada y que iba a impulsar la creación de riqueza, a dar vida a proyectos, ideas y hasta ilusiones que hoy son realidades.

Como el nuevo espíritu empresarial no podía desenvolverse dentro de los antiguos moldes del crédito, los gestores de los nuevos bancos fueron influidos por el dinamismo mercantil de los capitalistas indianos. Estos introdujeron en España los métodos modernos del crédito, vigentes en los países de donde procedían, métodos que sustituían el fundamento tradicional del préstamo, el valor de los bienes de una persona, por el valor de la persona misma, porque aquellos hombres habían aprendido, en la economía de los países nuevos, que el progreso económico no es impulsado por la riqueza presente sino por la futura que el crédito mismo contribuye a crear. En este hecho se advierte bien la importancia de la obra que realizaron: la transformación de nuestra *sociedad tradicional* en la *moderna*. Aquella, en efecto, es caracterizada porque todo cuanto en ella acontecía normalmente estaba regulado por un orden estable y secular. Cuando en algún hecho se descubría lo que había en él de ordinario y asentado se había encontrado su explicación. La sociedad moderna, por el contrario, la que aquellos hombres impulsaron, no se fundaba en el pasado sino en el futuro, en que las decisiones que la prudencia aconseja tomar hoy, han de contar siempre con el previsible mañana. Esta transformación de nuestra sociedad tradicional y estática en la moderna y dinámica fue, en pocas y esenciales palabras, la obra de los indianos.

Y el gran impulso que aquellos hombres dieron a nuestra economía y nuestra sociedad ha continuado hasta nuestros días. Todavía hoy las dos organizaciones comerciales más importantes de Madrid, con redes de sucursales que cubren toda la Villa y Corte, fueron fundadas por indianos y siguen regidas por ellos.

